

I

Fue un lunes de octubre cuando aparecieron caminando por en medio de la calle desierta. Era la hora de la siesta en la pampa. En el aire no corría un carajo de viento y un sol de sacrificio fundía los ánimos de todo lo que respirara sobre la faz de la tierra.

El hombre y la mujer avanzaban silenciosos bajo la incandescencia del cielo.

Él venía delante, y ella, dos pasos atrás; ella cargaba una pequeña maleta de madera con esquinas de metal, y él traía una pelota de fútbol bajo el brazo, blanca y con cascotes de bizcochos (de entrada supimos que era una de esas profesionales).

Los quedamos mirando sorprendidos.

El hombre vestía una camisa tropical, un pantalón demasiado ancho para su talla y zapatillas de lona, y llevaba la pelota igual que los arqueros en los desfiles de inauguración de campeonato. Aunque demostraba tener unos cuarenta años, y parecía cojear levemente de no se sabía cuál de sus piernas arqueadas, caminaba con la actitud y la pachorra de un *crack*. Además, cosa extraña para nosotros, llevaba un cintillo en la frente. Detrás suyo, delgada y pequeña, mucho más joven que él, su melena roja ardiendo bajo el sol, la mujer lo seguía con una mansedumbre de animal doméstico. Él traía el rostro bañado en sudor, ella no transpiraba una sola gota.

—Esos dos parecen empampados —dijo alguien entre nosotros, tal vez el Cocata Martínez, que trabajaba en la fábrica de hielo y paletas de helado.

La calle Balmaceda, por donde entraron, era la calle del comercio y la entrada principal del campamento (Coya Sur tenía sólo seis calles, y las seis de tierra). Pero ellos no aparecieron por el lado de la pulpería, que era por donde se llegaba desde las demás salitreras, sino por el lado de la Biblioteca Pública. Y eso significaba una sola cosa: que la pareja de aparecidos venía caminando, a pleno sol, desde la mismísima carretera Panamericana, distante unos cuantos kilómetros hacia el oriente.

El hombre y la mujer cruzaban frente a la cancha de rayuela cuando fueron envueltos por un intempestivo remolino de arena; uno de esos remolinos gigantescos que aparecían bramando por cualquier lado, haciendo batir con estrépito puertas y ventanas, desparramando la basura de los techos y ovillando el ecuménico hastío de la tarde pampina.

Ellos sólo atinaron a detenerse y cerrar los ojos: la mujer afirmándose las polleras sin soltar la maleta; el hombre con la pelota bajo el brazo, las piernas abiertas en compás y la cabeza gacha, lo mismo que un futbolista recibiendo instrucciones para ingresar a la cancha, o como el hermano Zacarías Ángel orando en la calle antes de largarse a predicar el advenimiento de la segunda venida de Cristo.

Cuando el remolino terminó de pasar y se perdió por el lado del Rancho Huachipato (donde segundos antes los cuatro electricistas del campamento, como cuatro ánimas de mediodía, acababan de entrar, sigilosamente, en fila india), el hombre y la mujer

abrieron los ojos, escupieron arenilla, se sacudieron un poco la ropa y siguieron su camino.

En realidad parecían no ir a ninguna parte.

Media cuadra más adelante, atraídos tal vez por el bolero de José Feliciano que bostezaba el wurlitzer —y que amelcochaba aún más la canícula de la siesta—, se detuvieron ante las puertas de la pastelería Iba-cache, justo enfrente de nosotros. Ahí se dejaron caer descoyuntados, adosando sus espaldas a las tibias calaminas del frontis. Aunque hasta ese momento no habían cruzado una sola palabra entre ellos, la mujer, que no dejaba de mascar chicle y hacer globitos rosados, daba la impresión de ser mucho más silenciosa y desvalida que él. En su actitud había un aire casi de penitencia.

Nosotros nos hallábamos sombreando bajo el alero de cañas del Rancho Grande, capeando el calor con los helados que nos había traído el Cocata Martínez y comentando las incidencias del partido del día anterior (los Cometierra de nuevo nos habían ganado). Y, por supuesto, conjeturando, calculando y prediciendo qué cresta iría a pasar el próximo domingo en el partido de vuelta. Lo único claro para todos era que ese día teníamos que ganar como fuera, aunque en ello dejáramos la vida. Y es que se trataba de nuestro último encuentro como local, la última vez en la vida que jugaríamos en nuestro reducto. En definitiva, para nosotros este representaba el último partido de fútbol antes del fin del mundo.

Sentados en la vereda, tras descansar un rato, los recién llegados comenzaron a ejecutar un extraño rito. Mientras él se desvestía y se quedaba en pantalones de fútbol —verdes y demasiado anchos también

para su cuerpo—, ella tomó la pequeña maleta, la acomodó en su falda y, con la prolijidad y la unción de estar presidiendo una ceremonia litúrgica, comenzó a extraer algunos objetos que fue ordenando metódicamente en el suelo.

Sacó primero un par de zapatos de fútbol; luego, un par de medias enrolladas; después, unas vendas sucias y amarillentas; una muslera, y, por último, una cajita de salicilato.

Sin darse cuenta, o importándole un zuncho la presencia de los primeros niños que observaban curiosos, el hombre se tendió de espaldas en el suelo —ahora con la pelota de almohada—, para que ella, luego de untar sus manos con salicilato, comenzara a masajearle las piernas, primero con suavidad y luego de manera enérgica. Después procedió a vendarle cada uno de los pies, le puso las medias a rayas verdes y blancas, le colocó la muslera en la pierna izquierda, y, antes de calzarle y abrocharle los botines, de esos con estoperoles (en la pampa sólo usábamos con puentes), aunque se veían como recién lustrados, les sacó brillo con el ruedo de su falda gitana.

Cuando el hombre se puso de pie y se quitó la camisa con palmeras y soles anaranjados, vimos que debajo llevaba una camiseta del Green Cross, el equipo profesional.

Mientras los niños miraban atónitos y maliciosos cómo él comenzaba a ejecutar algunas elongaciones más bien suaves, la mujer sacó de la maleta una cajita de Ambrosoli, de esas de lata, con un papel pegado que decía «contribuciones». Luego extrajo un seboso pliego de cartulina doblada en cuatro, con fotos y recortes de prensa pegados con chin-

ches, que desplegó y extendió en la vereda junto a la caja.

Preparada la escenografía, el hombre se acomodó el cintillo, se estiró las medias y se ordenó la camiseta dentro del pantalón. A continuación se apartó con la pelota hacia el centro de la calle.

El sol le cayó encima amarillo y espeso como un derrame de aceite caliente.

Después del remolino, el aire había vuelto a quedar vaciado de viento y lo único fresco que se veía era la sombra huidiza de unos jotes planeando en círculos contra la pavorosa luz del cielo.

Parado en la calle, el hombre apretó la pelota como verificando la cantidad exacta de aire, miró hacia el cielo —tal vez no creyendo que el sol quemara tanto—, se persignó con la liviana gravedad de los futbolistas (mientras lo hacía, la sombra de un jote lo cruzó por encima), lanzó la pelota hacia arriba, la amortiguó con la cabeza al mejor estilo de Pelé, y comenzó a hacer sus increíbles malabares de futbolista de circo.

Nosotros nos quedamos pasmados.

Hasta ese momento, los que nos hallábamos a la sombra del Rancho Grande, los primeros en verlos llegar, habíamos seguido cada uno de sus movimientos con una especie de curiosidad distendida, relajada, sin siquiera cambiar de posición en la larga banca de madera que nos servía de sesteadero. Ni cuando arreció el remolino nos movimos de nuestro sitio (para nosotros, los remolinos eran pan de cada día), sólo habíamos cambiado de tema para comentar sus fachas de titiriteros y hacer presunciones sobre quién sería, de dónde vendría y a qué crestas se dedicaría ese

par de pájaros nunca antes vistos por estos pagos. Pero cuando el hombre comenzó la demostración de sus habilidades con la pelota, nos levantamos de un salto y fuimos a engrosar el ruedo de gente boquiabierta que ya se había formado a su alrededor.

Con las manos encogidas a la manera de las grullas —pose característica de los jugadores técnicos— y la mirada brillante de los fanáticos, el hombre exhibía su maravilloso dominio de la pelota tocándola con sensibilidad de artista, «con la suavidad y delicadeza con que se acaricia a la novia de infancia», como solían decir en la radio los más líricos relatores deportivos. «¡Con la suavidad y delicadeza con que se toca un bubón en las ingles!», repetiría en los días siguientes nuestro Cachimoco Farfán, el loco que a la orilla de la cancha, con un tarro de leche aportillado a guisa de micrófono, relataba los partidos domingueros y alegraba las fragorosas pichangas de las tardes pampinas.

El hombre era un virtuoso de la pelota.

La tocaba diestramente con ambos pies, con la cabeza, con los hombros, con el pecho, con las rodillas; en un gesto técnico exquisito le daba de taco, de empeine, de revés; se la llevaba a la cabeza, la dejaba quieta en la frente, se acuclillaba con ella, se la pasaba a la nuca, se tiraba de bruces al suelo; en un movimiento de cuncuna la hacía bajar por la espalda, la volvía a la nuca con un corcoveo cortito y después se incorporaba equilibrándola en la frente como si se tratara de una paloma dormida. «¡Como si fuera una redonda hernia necrosada!», diría luego Cachimoco Farfán que, por haberse chalado mientras estudiaba medicina, mezclaba términos deportivos con nomenclatura

médica. Y todo ese malabarismo asombroso, el hombre lo ejecutaba con el garbo y la elegancia de un actor consumado, sin que la pelota se le cayera o se alejara siquiera un poquito de la órbita de su cuerpo. «¡Como si este papilomatoso la tuviera amarrada con una pitita, queridos radioescuchas, o como si fuera una pelota viva, amables pacientes, una pelota amaestrada, enseñada, hipnotizada!»

Al terminar su número, bañada la cara en sudor (ahí entendimos que su cintillo araucano era para que no le escurriera a los ojos), el hombre, bufando como un toro cansado, se puso la pelota bajo el brazo y se dobló aceitosamente en una reverencia que repitió con gran histrionismo hacia los cuatro puntos cardinales. La mujer, que hasta entonces había permanecido todo el tiempo viéndolo con una mirada ausente, haciendo unos globos de chicle que resultaban tan sonámbulos como ella, se paró a enjugarle el rostro con el pañuelo de seda que llevaba al cuello.

Nosotros aprovechamos ese momento para acercarnos a ver las fotos de la cartulina y leer con avidez qué cosa decían los recortes de diarios.

En verdad, los reportajes no decían mucho. El tenor de todos era casi idéntico. El hombre, al que denominaban «Fantasista del balón», se llamaba Expedito González; era oriundo de la ciudad de Temuco, había asistido de invitado a un par de programas de televisión, y ahora andaba de gira por el norte del país «haciendo las delicias de la gente con sus extraordinarias habilidades». Algunos recortes, ya orinados por el tiempo, pertenecían a diarios de la capital y otros a las ciudades y pueblos recorridos. De la media docena de fotos, dos fueron las que nos impactaron y termina-

ron de convencer de que el cristiano que teníamos frente a nosotros era un profesional del fútbol. Una en donde salía cabeceando la pelota en la pista de ceniza del Estadio Nacional, repleto de gente, y otra en que aparecía posando en cuclillas en medio de Chamacó Valdés y Carlitos Caszely. Nada más y nada menos.

Y fue el Pata Pata, el cojo encargado del Sindicato de Obreros, el que de pronto dijo lo que todos nosotros estábamos pensando: que ese casoso —así trataba él a todo el mundo— nos había caído por la chimenea; que con él jugando de centro *forward* el domingo próximo le podríamos sacar la cresta a los Cometierra.

Por su parte, don Celestino Rojas, nuestro pechoño y vitalicio presidente de la Asociación de Fútbol, caído en piadoso arrobamiento, musitó, casi rezando, que el Fantasista de la pelota blanca era propiamente nuestro salvador, algo así como un enviado de Dios.

—Este hombre es el Mesías —dijo.